

LADISLAO GRYCH

LA VISIÓN DE EZEQUIEL ⁽⁴⁰⁾

Por los que caminan con Jesús.
Por los que se hallan en medio de sus vidas.

Estas reflexiones nacen después de la Pascua del Señor; es un modo de reflexionar sobre la transformación de la Vida.

Si bien, Jesús es muy grande, ¿qué Imagen toma su Misión en el mundo, en medio de las Vivencias que nos llevan a los Nuevos Cielos, a la Nueva Tierra?; no obstante, la Gran Transformación debe ser como precedida por la que parte del corazón; como si el Señor necesitase de las Vivencias del espíritu; de este modo, vemos la participación en la Nueva Creación.

1. INTRODUCCIÓN: EZEQUIEL VE AL SEÑOR

a. EL SOL DE LA TARDE

Las tardes son agradables para mí.

Me doy vuelta para ver el sol, que llega a los horizontes.

Pronto esconde su cara; vendrá una noche fresca, fría, aún gris y oscura; antes de que llegue la noche, disfruto del sol, de sus rayos que llegan a mi corazón.

Cada atardecer es distinto; aún, el sol parece diferente.

Muchas veces, vuelvo a mi casa, a esa hora y comparo el sol de hoy con el de ayer; aún pienso en los Santuarios dispersos en el mundo y en Jesús, el Sol ante la vida de los hombres; creo que cuando proyectaban los altares, miraban el sol, aún vivían el tiempo de la gracia.

El sol se refleja de distintos colores delante de las nubes que juegan con él.

Aún veo a las formas de ángeles, como si ellos estuviesen aquí; veo la gloria del sol.

Cuántas vivencias se elevan al Señor, en esta hora.

Es mi oración que hago en estas tierras.

El sol es como si descendiese a la tierra, a la hora que suele llevar paz; tiene muy poco del amanecer que se despierta aún apurado por vivir; ahora, la vida se detiene en su camino, es más lenta; así lo presiento.

Hay un tiempo para que todos vuelvan a sus casas, antes de que salgan los que resurgen de noche.

Viene la noche, pero el sol deja su última mirada de paz, aún bendice la tierra; y es un poco triste.

Bendigo al Señor por estos instantes, y porque mi corazón lo percibe así.

El sol se detiene sobre el horizonte, como si debiese decidir antes de irse; mientras el viento roza su cara, deja su última palabra; luego se esconde casi de repente.

Sólo queda su rastro lleno de colores, tan hermosos; pero las luces, los reflejos, irán apagándose.

Y la noche con su frío y su oscuridad, sigue haciendo lo suyo frente a la luz.

Quiero guardar en mi corazón, lo que vivo esta tarde.

No quisiese perder nada de la luz que me llega, tampoco de la presencia del sol que se ha ido.

Doy vuelta y veo la luna, es pálida y fría; ella casi me espera mirándome; hasta me asusto de su fuerte mirada.

Es ella que quisiese acompañarme esta noche.

La noche no es la soledad ni un vacío; hay tantas vidas que se anuncian con sus pasos que se corresponden.

Si pensase que estoy solo, me engañaría a mí mismo.

Si tuviese miedo, aún me olvidaría de la luz que guardo en mi corazón, hasta el amanecer del sol que se fue esta tarde; pero no se fue para siempre.

Guardo la Presencia del Señor, el Sol de mi vida.

Me sostiene más aún, en una noche oscura; ya no me veo abandonado ni perdido; más que nadie, está el Señor en mi corazón; aún quiero resguardar por siempre, su Presencia.

Me siento unido a la vida que sigue flotando en este instante; presiento al Señor en todo, pero sobre todo en mi corazón; su Presencia en mí es más fuerte que en las vidas que llegan esta noche a mi alcance.

Camino sereno, gozo de la vida; creo que las vidas también lo sienten y lo perciben; es que aún camino sereno en medio de la vida.

b. DELANTE DEL SEÑOR

Los profetas vivencian su presentación ante el Señor.
Cada uno de ellos la vive a su manera; es ese encuentro con el Señor que cambia el rumbo en su vida.

Llegan al Señor, están presentados ante su Trono.
Pero, ¿quién es que les lleva allí, para presentárselos?
Si se encuentran cara a cara con el Señor, es la Vivencia que ya no se les borra; si al principio, el Encuentro les asusta, con el tiempo, sería como la fuerza que les promueve; es que la realidad que les espera, necesita de esa Vivencia.

En medio de la Vivencia ante del Señor, se van a transformar sus vidas, en el sendero de las transformaciones que vienen del Señor, Quien entra en los corazones de un modo cada vez más profundo; y las vivencias son tan fuertes, que no sólo no se borran, sino que transforman la vida definitivamente.

Luego los profetas buscan aún un tiempo de retiro, pues así se preparan para presentarse ante el Pueblo; en fin, ¡a cuánta seguridad que viene del Señor, habría que resguardar en el espíritu, para poder llevar el Mensaje de los Cielos!

El profeta dará testimonio del encuentro con el Señor, lo dirá para que el Pueblo lo pueda ver; y en el primer encuentro con el Pueblo, el profeta abre su corazón ante el mismo, aún llega con el Mensaje de modo, como si el Pueblo lo recibiese del mismo Señor, y como si Él hablase directamente al Pueblo.

¿Cómo entender esa Vivencia que experimenta el profeta?; está ante el Señor y ve su Imagen de dónde parte la Creación; si el Señor es el Origen, allí llega el profeta; es que hasta allí, está llevado el elegido del Señor.

El profeta y el Pueblo retoman el camino, si es que el Pueblo quiere ser la Nueva Creación del Señor; pues la Vivencia del profeta será el origen de la gracia, y el Señor quiere obrar en la vida del Pueblo.

¿Verá el profeta lo que debe ver, o lo recibirá con el tiempo?; por hoy, ve al Señor y se asusta de verlo.

Al ver al Señor, recibe su Palabra.

La Palabra es el alimento; pasa por su corazón, lo nutre y lo transforma; luego nace nuevamente ante el Pueblo.

La Palabra es del Señor, por la Resurrección del Pueblo que hoy, está perdido; aún pasa por la vida del profeta; y cuando su vida esté entregada por la Palabra, ella renace.

¡Qué misterio de la obra del Señor!

Lo que el profeta vive en su corazón, lo sigue transmitiendo ante el Pueblo.

El mismo percibe la cercanía del Señor, siente su Palabra y su Vida; tan sólo falta que le responda, si quiere responderle.

El Pueblo posterga su respuesta; y si es que escucha al Señor, tiene su modo de reaccionar ante el profeta.

Mientras tanto, viene la realidad aún más triste; no obstante, está forjándose un Nuevo Tiempo con la nueva respuesta; es que siempre es así con las obras del Señor.

Las profecías llevan como dos tiempos; es el de hablar y el de la respuesta; el espacio que los separa es como de un nuevo crecimiento desde la semilla hacia una vida aún más grande; no se pierde ni una sola Palabra dicha por el Señor; y todas logran dar frutos; y hasta las que parecían muertas, resucitan.

2. LA GLORIA DEL SEÑOR ABANDONA AL TEMPLO

a. LA LUZ ABANDONA A LA VIDA

¿Cómo hablar en esta hora, si la vida es una desgracia?
Por donde mirar, tan sólo el dolor y las penas.
Los vientos adversos se vienen contra el Pueblo que ha sido
infiel; si por instantes, se acordaba del Señor, hoy está lejos.

El Pueblo está perdido, lleno de maldad y de dolor; tan sólo
transita; y si le hablo del Señor, casi no escucha; si le digo
del arrepentimiento, parece no tener motivos; en medio de la
ruina del Pueblo, aún anuncio las desgracias.

¿Las desgracias vienen del Señor?
¿Es un pago por la vida sin piedad, sin amor, sin bondad?
Es como si las fuerzas se uniesen contra el Pueblo; como si
el Señor aceptase lo que viene; ¿adónde llega el Pueblo, tan
perdido?

La casa está por caerse; ¿hay alguna razón para sostener las
paredes y el techo que pesan cada vez más?
Si los brazos cansados, no dan más fuerzas; entonces todo se
derrumba; ¿y qué hacer?

La casa sigue cayéndose.
No hay quien la sostenga; ¿y para qué?
El Señor me hace ver ese tiempo triste; no tengo palabra de
consuelo ni para levantar los ánimos; tan sólo digo que el
Pueblo sigue derrumbándose.

El Señor me hace ver a los marcados en su frente, con la
cruz, a los arrepentidos que escuchan su Palabra; pues serán
salvados cuando llegue la hora, aún protegidos por Él.

Más allá de las guerras y las desgracias, ellos serán salvados;
así me dice el Señor.

El Pueblo escucha la Palabra.
Es tan fuerte que le llega, si quiere oírlo.
Entonces, ¿por qué no responde al Señor?
Mientras tanto, debo anunciar aún más desgracias.

Veo al Pueblo como si estuviese arrancado con las uñas y los
dientes de los animales feroces; pero el Señor es como si se
escondiese, y aún aceptase ese tiempo.
Y las bestias atacan con furia.
El Pueblo se queda sin nada; no se salva en esta hora.

Les dije del arrepentimiento, pero no entendían mi Palabra.
Son pocos los que responden, y serán salvados.
El Señor los arranca de las manos feroces, con su mano; así
fue siempre, así será hoy, pues, Él los salvará.

Cada día, más muertos, en las calles, las casas y los campos;
veo a los niños y los ancianos; nadie se escapa de la muerte;
hay tristeza, resignación y horror.
¿Y el Señor, dónde está?; parece que no está.

b. SIGUE HUNDIÉNDOSE EL PUEBLO

¿Cómo volver a soñar en la vida para el Pueblo?
¿El Señor estaría en medio del Pueblo elegido?
La experiencia del desierto y el camino a la Tierra Prometida
aún quedan como un recuerdo, pues el Señor se manifestaba
con claridad.

Después de aquella esclavitud, tan cruel para el Pueblo, llegó
la hora de la liberación; pero aún había que resolver aquellos
conflictos que sólo en el desierto podían ser comprendidos y

superados; si la liberación les llegó como gracia, luego les tocó caminar a la luz del Señor, aún crecer cada día; y no es que no hubiese dificultades ni errores del Pueblo, pero aún servían en el camino del crecimiento.

Cuando el Pueblo llega a la Tierra Prometida, en parte, está apto para poder seguir recibiendo la bendición que le viene como un Río, en abundancia; porque se ha abierto el Río del Señor; como había crecido en el desierto, seguía avanzando con fuerza; se presiente que el Pueblo vive esa gracia, pues había tomado su rumbo; pero necesita cuidar lo que había encontrado a duros golpes, en medio de una vida difícil.

Comparo aquel tiempo, con la vida de aquellos que pasan por luchas y conflictos; después de superar sus experiencias, de ver que el Señor les iba salvando, aún viven de la gracia, pues sus vidas siguen según el primer impulso; pero, ¿sería para siempre?; y si no lo es, ¿por qué la vida se confunde y desgasta?; ¿cómo comprendemos los errores, debilidades y desgracias?; es como si los hombres necesitasen de ellos; si no los tienen, empiezan a distraerse en sus caminos.

Al superar el desierto, el Pueblo llega a la grandeza; pero no es que crezca en su vida interior; como si el viento de aquel tiempo, ya no le estuviese llevando, con tanta fuerza. Venían las dificultades, y el Pueblo sabía volver al Señor; así resurgía su vida, volvía a crecer en la gracia; sin embargo, no se pueden comparar las dificultades y los sufrimientos, con aquel tiempo de la gracia del Señor, en el desierto.

El Señor puede ir afianzándose, hasta llegar a las raíces de nuestro ser, de modo que las vidas empiezan a crecer a las orillas del Río del Señor; y si no es así, la vida se entusiasma por algún tiempo; y luego vuelve cansada y aún más gastada, para ir decayéndose hasta el final.

En fin, el Pueblo termina en las desgracias o puede resurgir, cuando es importante saber buscar y encontrar al Señor; a pesar de que nos cueste encontrarlo.

Él parece estar tan cerca, pero es para los que lo pueden ver; y cuando el profeta grita, aún conmovido por la presencia del Señor, el Pueblo no lo presiente.

El Pueblo logra crecer en la Presencia del Señor, donde Él es como el Agua en las raíces de la vida, o sólo se queda con la nostalgia por Alguien que podría venir.

¿Se queda con la Vida o sigue esperando un Rocío, que le llegue a sus tierras quebradas?; ¿adónde sigue el Pueblo en este tiempo?

El Pueblo llegó lejos, en la Vivencia del Señor; no obstante, la Vida, por más profunda que fuese, no está asegurada para siempre; y el Pueblo aún debe crecer.

Es que el tiempo del desierto aún fue preparando para otras vivencias del Pueblo; mientras tanto, debían pasar por las circunstancias de tanto dolor, de tanta confusión.

Como el Pueblo decae en su primer Vivencia, las desgracias lo quiebran y llevan a nuevas desgracias; pero como sufre aún frente al Señor, y lo busca, entonces, las desgracias se transforman en una nueva fuerza; y sirven para ver al Señor aún más grande.

La vida sigue comprometida y debe enfrentarse; por ahora, el Pueblo no sabe enfrentar su realidad a la luz del Señor; y lo hace como puede, según su propia capacidad.

Así es con la vida del hombre y la del Pueblo elegido; y llega la hora, cuando el Pueblo presiente como si viviese un vacío, y se pregunta: ¿dónde está el Señor?

Mientras lo busca, no lo encuentra; aún presiente que Él está

lejos y no se preocupa por el Pueblo, como si no le interesase su vida; son las vivencias que se despiertan en el hombre y en el Pueblo.

En fin, el Pueblo se queda con su realidad, se preocupa por lo suyo, y no le interesa el Señor en sus vidas.

Si dice que cree en Él, es para defender sus intereses; y así sigue, aún seguirá de modo, que nadie puede frenarlo; parece que ni siquiera las desgracias ni las advertencias; es porque el Pueblo se pone sordo.

¿Adónde podría seguir así?

Parece que hasta su destrucción; y cuando la gran parte del Pueblo ya está por derrumbarse, algunos reaccionan; pero es difícil que reaccione todo el Pueblo; en fin, debemos seguir viendo las destrucciones, a la luz del Señor.

En medio de las destrucciones que parecen venir del Señor, viene lo que los hombres no comprenden.

Entonces, que no nos apuremos con los juicios; es que el Señor está más allá de las destrucciones y de las vidas.

c. EL TIEMPO DE LA DESTRUCCIÓN

Llega la hora; el dueño destruye una casa rota; es que nadie puede habitarla; se llueve por todos lados, no aguantan ni el techo, ni las paredes.

¿Para quién serviría la casa sin vida?

Mientras tanto, el dueño recoge algunas cosas que le podrían servir; muy pocas, luego de lo que fue una casa construida, y que servía para muchos.

Pero, ¿servirían para construir una nueva casa?

¿Cómo entendemos ese paso tan real en la vida?

¿Es como si el Señor estuviese empeñado en la destrucción?
En medio del Proyecto, siempre hay arreglos; una vez, para mejorar las cosas y otras veces, para construir de nuevo, aún aprovechando algunos pedazos.

Al construir, se proyecta la nueva realidad; por eso, hasta la destrucción tiene sentido; en otro caso, ¿por qué derrumbar lo que aún podría servir?

Sin embargo, llega la hora y nace la urgencia; más aún, en la obra del Señor, donde tanto la vida como la hora, están más allá de los proyectos humanos.

¿Cómo comprendemos el tiempo del Señor?

¿Y los tiempos para construir?

¿La realidad necesita deteriorarse de modo, que tan sólo hay que empujarla, o dejar que otros la destruyan?

Y sigo preguntando; casi no espero las respuestas.

¿Por qué los Pueblos se envejecen, y se van destruyendo?

Van perdiendo su vida, su fuerza, su espíritu; sin embargo, es como si debiese ser de este modo.

Si hago la reflexión, es para quedarme en silencio frente a las destrucciones, que si bien, intento comprenderlas, me quedan como un misterio.

Si la vida buscase la fuerza del espíritu, sería distinta.

Si buscase la renovación, llegaría lejos; pero la realidad no viene como la deseásemos.

El Señor espera la renovación del espíritu para sostener su Pueblo, su existencia, su felicidad; sin embargo, al cuidar sus pasos, permite que el Pueblo se destruya, es como si hubiese puesto su mano en la destrucción del Pueblo.

Alguna vez, alguien destruye a propósito, para construir lo mejor, más grande, más útil, más perfecto.

¿Acaso, el Señor no habría pensado en su gran Reino?
¿Cómo comprender su Reino, cómo ver su realización?
Es que los acontecimientos pasan, mientras que el Señor
lleva su Proyecto, aún más allá de los errores de los hombres
y de la maldad.

Hay quienes dicen que el Proyecto del Señor no hubiese sido
grande, si no pasase por la destrucción del Pueblo elegido, ni
por llevarlo en el camino de las desgracias. Aún dicen que, si
el Pueblo respondiese al profeta en aquel tiempo, mientras él
hablaba, se evitarían las desgracias; no obstante, las actitudes
postergadas parecen más grandes aún.

¿Cómo comprenderlo?; y pregunto sin esperar la respuesta;
tengo miedo de que la encontrase, pues sería insignificante y
demasiado humana; pero igual, sigo preguntando.

El Templo sigue cayéndose; aún, se cae el Pueblo, con tantas
muertes; no hay familia que no tenga muertes, no hay nadie
sin llorar.

Viene la gran destrucción; si no hay rebeldía, hay tristezas y
desesperaciones: no hay reyes, no se habla de la esperanza.
No obstante, el profeta anuncia la esperanza y todos se
quedan como si estuviesen pensando, ¿para qué?

Viene el Pueblo caído; pero luego de las amenazas, pasan las
cosas peores de lo esperado.

Cómo me cuesta ver la destrucción; pero es como si fuese un
tiempo de dolor, que viene del Señor; aún debo mirar cómo
la vida sigue derrumbándose, después de construir, proteger,
luchar; y es la hora de las desgracias; el Pueblo destruido y el
Templo quemado; ¿qué otras cosas podrían pasar?

El Pueblo camina en medio de sus muertes; muchos caminan
tan sólo a la destrucción; ¿qué pasará entonces, con el Pueblo
elegido?

Y todo está previsto por el Señor; y queda el destierro, otros sufrimientos y otras muertes; ¿hasta cuando será así?
Pero la realidad ya corre como por su cuenta; entonces, ¿qué quedará del Pueblo del Señor?

d. DONDE LA GENTE ACUDE

Hay lugares y tiempos privilegiados para el Señor.
Las multitudes acuden allí, aún sin poder explicarse; ¿y por qué va la gente a esos lugares?

El Señor está en los tiempos, en los lugares y los pueblos; y los lugares privilegiados, son como si tuviesen más vida; no es tan sólo la impresión de aquellos que acuden allí, sino más bien, son las Vivencias experimentadas por muchos.

Hay lugares, hay montañas y ríos, hay santuarios; creo que cada nación y cada religión los tienen; pues, si la religión es respetada, con más razón, los cuida.

A estos lugares acuden de día, de noche, en temporadas muy buenas y en malas; pues será hasta que la gente los necesite en el caminar de los pueblos.

La historia reconoce esos lugares; y si algunos desaparecen, otros nacen en el lugar de los perdidos.

¿Por qué es así? Dios sabrá por qué.

Hoy también siguen surgiendo, y parece que serían de mucha importancia; entre aquellos que aparecen, algunos trazarán lejos, como si fuesen por un nuevo tiempo.

Estoy atento por lo que llama a la gente; es que aún, en el tiempo de las crisis, estos lugares resurgen.

Parece que hay Alguien que llama, antes de que los hombres empiecen con sus propagandas.

Además, son esos lugares donde se intuye la corriente por las

necesidades del hombre y del Pueblo.

En ciertos lugares la gracia se proyecta más visible.
Se trataría de las montañas de luz, del agua con vida.
Si la gente lo presiente, viene y busca, la gracia se extiende
aún más, pues se trata de la Gran Presencia que mana.

Ciertas energías de la tierra aportan a la paz, a la armonía.
Resurgen los montes sagrados y los monasterios, y por eso,
los que viven allí, pueden ser distintos en sus espíritus.

La Presencia del Señor en medio del Pueblo, está sellada de
modo misterioso, anunciada y confirmada muchas veces, aún
comprobada por el Pueblo.

¡Cuántas veces, el Pueblo confirma la Presencia del Señor,
cuando su Arca les precede!; una vez, en el desierto y otras
veces, en las batallas y las congregaciones.

En realidad, son las victorias del Señor, no de los hombres; y
el Pueblo lo sabe.

Luego, viene el tiempo del Templo y de la Gran Gloria.
El Templo no es sólo del Señor, en medio de su Pueblo, sino
que también, es el orgullo para el Pueblo unido al Señor; es
la expresión del Pueblo ante el Señor, parece por siempre.

¿Y qué pasa ahora?; parece que la Gloria del Señor abandona
a su Pueblo; lo dice el profeta; y si él lo dice, lo ve, porque
ha escuchado y ha comprendido al Señor.

Entonces, ¿qué pasa con el Pueblo?

¿Se asusta o ni siquiera le da importancia?

No siempre el Pueblo reacciona igual.

En la historia del Pueblo, hubo momentos de desesperación,
cuando se perdía el Arca de la Alianza.

¿Cómo reacciona el Pueblo en esta hora?

El profeta anuncia lo que ve, y el Pueblo, ¿lo escucha, se da cuenta de lo que el profeta sigue anunciando?

De todos modos, llega la hora, para llorar y buscar al Señor. El Pueblo sentirá su propia desgracia y la sufrirá; quizás, el dolor más grande sería, cuando ya tomen la noción de que el Señor los ha abandonado en el Templo; y lo que apenas escuchan, alguna vez, lo comprenderán.

e. SÓLO DESDE TI, SEÑOR

Deseo buscarte, mi Señor, en mi vida.
No quisiese perderte ni siquiera por un instante.
Pues si pierdo tu rostro, ¿adónde llegaría esta noche?
Si sigo avanzando, tan sólo tropiezo contra lo que encuentro,
y lo que me sorprende en la oscuridad.

Tantas veces, caminé de noche y apenas, hallaba el camino;
aún seguí, intentando recuperar el sendero.
No quiero caminar así; conozco las dificultades, el dolor, las amenazas, el miedo, y no quiero vivirlo solo.
Pero si tú estás en mi vida, aún me levanto y sigo.
Tan sólo si tú estás.

Fui autosuficiente; creí que no necesitaba de ti, mi Señor.
Me pareció que yo podía llevar la vida con mis hombros.
Seguí lejos, hasta donde alcanzaba mi vista que se perdía en los horizontes; hoy, si quiero caminar, es porque estás en mi vida.

Si te pierdo por un instante, me detengo, por más que la vida quisiera urgirme, y me apurasen los que me esperan.
Doy vueltas, miro tantas veces, te sigo buscando; y no quiero caminar hasta que te encuentre.
Estoy tan débil e indeciso, sin ti, mi Señor.

Hoy lo sé; tú siempre has estado en mi vida.
Aún, en esos pasos perdidos, en esas noches oscuras, en mis
desesperaciones, en mis culpas y penas.
Si quiero revivir ese tiempo, es para verte en aquellos días.
Hoy lo sé, no lo sabía antes; por eso, la vida halla sentido; y
desde ti, Señor, mi vida encuentra su luz plenamente.

Tan sólo desde ti, Señor, mientras veo mi vida y te busco.
Tengo miedo de que te vayas; temo que me abandones.
Sé que es mi miedo, el que debes vencer en mí; lo presiento.

¿Por qué tengo miedo?
Experimenté muchas vivencias tristes, cuando me parecía
que estabas lejos.
Si hubieses estado, no me habría ocurrido lo que me pasó; y
por eso, tengo mucho miedo.

Cuando estás, el dolor tiene otro sentido; ya es más aceptado,
más comprendido; ya no me veo solo, por más que estuviese
sin nadie más del mundo ni de los hombres.
No te vayas, Señor, de mi vida.

3. LA CONVERSIÓN Y EL CORAZÓN NUEVO

a. LA PALABRA QUE CONVIERTE

El que se convierte, aún vivirá, dice el Señor.

Pero, ¿se convertiría en esa hora, mientras que la vida sigue sin rumbo?

Entonces, tan sólo sigue, pareciese hasta el fin; ¿qué fin?

La Palabra del Señor es fuerte, y la vida exige.

Si escuchan la Palabra, apenas llega a sus oídos.

¿Cuándo llegará a sus corazones?; ¿y si no llega?

De todos modos, algunos darán la respuesta, porque la hora de la gracia del Señor es para ellos.

Quizás, aquellos que nunca han escuchado al Señor, esta vez sí intentan responderle, en medio de sus vidas quebradas.

Por eso, aún sigo gritando, cuando apenas me escuchan.

¿Quién sabrá para quién es la hora de la conversión?

A lo mejor, para aquellos últimos, que responderían al Señor.

Pues la conversión renace de modo sorpresivo, aún cuando no pensamos en ella; es como un viento que viene del Señor.

De repente, queremos ofrecer lo que tenemos para dar, en el camino que se abre; si el camino se proyecta difícil, aún está lleno de urgencias.

¿Cómo nace la esperanza en esta hora?

¿De dónde viene, si no fuese del Señor?

La Palabra viene del Señor, en la hora de la aflicción, del dolor, de la desesperación; y es la que hiere, aún es tierna y respetuosa frente a la vida.

La Palabra lleva Luz, esperanza, seguridad, a pesar de que la vida no sabe esperar demasiado; en esa hora, el Señor llega.

La conversión trae a mi corazón, a aquellos hermanos que han estado al borde de la destrucción, donde las luces no se ven y la esperanza parece inútil.

Son las vidas que consideramos perdidas, sin futuro, y si nos llamamos es porque las respetamos; no obstante, es la hora para el Señor, y la vida es como si debiese llegar allí, para reencontrarse con la esperanza.

Mientras caen el Pueblo y el Templo, el profeta habla de la conversión; cuando parece que ya nadie podría escucharlo, vienen aquellos que lo escuchan.

Cuánta seguridad debe venir del Señor, para poder hablar de la conversión con mucha fuerza; y que la Palabra llegue, y no sea tan sólo un hablar más.

En medio de las crisis, hay quienes consuelan aún mintiendo; pero no es así, en el caso del profeta, ni es el modo de hablar que vendría del Señor.

No es como el consuelo de los que confunden al enfermo, y aún le dicen lo que ellos no creen; no es así, con la Palabra de la Conversión que viene del Señor.

Sin embargo, la Palabra debe hallar la fuerza en el corazón del profeta; pues si viene del Señor, el profeta es la garantía, el sostén de la gracia, en el camino del Señor a los hombres.

¡A cuánto movimiento despierta la Palabra del Señor!

¡Cuánto tiempo necesita madurar en el corazón del profeta, hasta que nazca con mucha fuerza!

Quizás, el profeta necesita vivir su camino de la conversión; entonces, la Palabra es el fruto del Señor, en su vida.

Después, halla su modo para llegar a los hermanos; y así abre el camino para el Señor, en las vidas de los hombres.

El mundo y el Pueblo necesitan de esa gracia.

No sé si siempre la encuentran a tiempo, ni que hallan su

gran fuerza, ni que sea transparente, pues, la sensibilidad frente a la Palabra de la Conversión no es igual; pero es cierto que llega la hora, cuando el mundo tiene más claridad, porque el Señor pone su Palabra en los corazones entregados plenamente.

b. LA LUCHA POR LA PRESENCIA DEL SEÑOR

La conversión viene como un reclamo para volver al Señor; se trata del cambio de la actitud, que obedece al nuevo orden de la vida, fundado en el Señor; pues Él es el principio del cambio, de la transformación que podría vivir el hombre ya hallado en medio de la gracia.

¿Por qué abandonar las actitudes que siguen promoviendo la vida, dándole su propio sentido?

Son las actitudes que nos destruyen, aún afectan a la vida del Pueblo; si es cierto que es difícil superarlas, a la vez, se nos abre la luz que viene del Señor; y presentimos que llega la hora: pues si no lo hacemos, ¿qué otro tiempo tendríamos?

El paso es difícil y doloroso.

Si en algún momento, sentimos la alegría y el alivio, luego de sufrir y de luchar, en fin, el paso estaría lleno de dolor.

Es la hora de la transformación, del nacimiento que viene del Señor; y Él promueve el corazón, si le dejamos obrar.

Al abandonar las actitudes malas, aún nos damos cuenta de las fuerzas que nos promueven en nuestro interior; ahora son como si se despertasen, rugen como las fieras y remueven a todo nuestro ser; y lo que nos sostiene, es la seguridad de que estamos en las manos del Señor; pues Él es el sostén de una vida aún tan débil.

¿A cuánta paciencia hay que tener para soportar ese tiempo?;

pero la paciencia es una gracia; entonces, hay que buscar al Señor, y Él no viene con tanta facilidad; si el primer impulso del cambio, fue como promovido por su Presencia, ahora es como si se olvidase de nosotros.

¿Es el Señor que se esconde, se olvida de nosotros, o la vida está llena de la realidad que perturba e impide verlo?

Pero hay que confiar en su Presencia, por más que el cielo de la vida pareciese gris, y no lo viésemos al Señor por un largo tiempo; mientras tanto, viene como de sorpresa; cuando nos parece que no aguantamos más, y nos resignamos, entonces sí nos sorprende con su Presencia, tan necesaria para ese tiempo.

En la lucha entre la Presencia del Señor y nuestra realidad confundida, nace lo nuevo lentamente; resurgen el Señor y la nueva vida, venciendo nuestro corazón.

En esa lucha aún tan oscura, está el Señor; y hay que confiar en Él, casi a ciegas.

Pero si alguien nos habla de la Presencia del Señor, en aquel tiempo, su palabra apenas nos llega; y es la más inspirada que nos viene del Señor; es la que nos golpea hasta que tengamos la claridad de su Presencia.

Comúnmente, a esa claridad la adquirimos luego de ver la Obra; es que antes de ver al Señor, vemos su Obra en nuestra vida; es como entrar en el campo, para darse cuenta de que la vida viene desde hace tiempo; de repente, se abren nuestros ojos, para ver al Señor que siempre ha estado.

Aquí quisiera expresar que sólo el Señor salva la vida, sólo Él la transforma luego de la conversión; y si la vida hubiese tomado la decisión de abandonar su actitud, sin recurrir al Señor, no habría podido enfrentar sus luchas y sus tormentas; es que sin Él, hubiese vuelto a lo que fue, hasta hubiese

tomado el rumbo de los trastornos aún más dolorosos.

Lo deben tener en cuenta, aquellos que quieren ayudar a los hermanos; pero, ¡a cuánta vida deben llevar para sostenerlos, en el tiempo de las guerras y de las tormentas, del dolor y de la desesperación!

Y los enviados ya lo saben; sí están llenos del Señor, pues Él se les dice, antes de que lleguen a sus hermanos.

c. CONTRA LOS PASTORES

La queja contra los pastores no es tan sólo un reproche, aún en medio de una realidad triste, sino que más bien, es ver la urgencia del Pueblo para poder comprenderlo y aún buscar su salvación; pues, la crisis del Pueblo tiene que ver con sus pastores; si ellos responden al Señor, el Pueblo aún responde con cierta facilidad; pero ante el fracaso de los pastores, el Pueblo sufre más aún.

¿Por qué los pastores perjudican a su propio Pueblo?

Es una realidad muy frecuente; pues no responden hoy ni van a hacerlo mañana; pero, ¿es la maldad de los pastores o las circunstancias los llevan por ese camino?

¿Y el Pueblo?; una vez, se queda con sus indiferencias y las críticas, justificándose; otras veces, la realidad le sirve para crecer con sus iniciativas generosas, hasta sacrificadas; aún, el Pueblo tendría su propio tiempo, que le llega del Señor.

No nos olvidemos de que los profetas nacieron en medio de un Pueblo descontento, castigado; el Señor ponía su Palabra en sus corazones y luego, les presentaba ante el Pueblo.

Si la Palabra fue para el Pueblo y para los pastores, pregunto quién los escuchaba, ¿el Pueblo o los pastores?; pero aún más allá de las respuestas, el Señor sabía llegar a su Pueblo.

Es lo propio de los tiempos; las cosas ocurren de ese modo, y la obra del Señor es aún más grande; Él es el único que salva ante las adversidades, aún esas que parten de sus pastores, a quienes Él les había confiado el cuidado de su Pueblo.

Se puede desvirtuar el Proyecto del Señor, al seguir con los programas humanos, sin tener en cuenta al Señor; y cuando las convicciones se ven muy fuertes, ya no precisan escuchar a nadie, ni al Señor; si aún vienen los profetas para reclamar, ¿quién les creería que vienen en el Nombre del Señor?; todo se proyecta muy complejo.

La historia es testigo de las muertes y de la destrucción que parten del corazón del Pueblo, y más aún, de los que están frente al Pueblo; de hecho, las consecuencias son tristes. Los tiempos se repiten con mucha frecuencia; y tan sólo hay que mirarlos con los ojos del Señor.

Nos cuesta reconocer las crisis; se trata de interpretarlas y de buscar las justificaciones, de llevar la discusión por cualquier lado; aún en medio, está la vida que no se convierte; y es la impide la claridad, el reconocimiento y el cambio ante las fuerzas tan contrarias al Señor.

Aún, en medio de esa realidad, viene el resurgimiento que parte del Señor; y está anunciado por el profeta que enfrenta todas las circunstancias; no tan sólo vienen las críticas ni las faltas de las respuestas, sino es que el profeta aún paga con su vida por lo que acontece; aquellos que los condenan, no son del Pueblo, sino más bien, de los conducen al Pueblo, y ellos hallan sus argumentos contra el profeta.

¿Hasta cuándo?; ¿y por qué luchan contra el Señor?
Sin embargo, ¿quien sabe reconocer su Obra?

Si el Pueblo la presiente y en algo la respeta, otros tendrán su modo de juzgarla y hasta encuentran los argumentos para justificarse; pero, ¿será la justicia que nace en sus corazones, o es que estén insensibles y enceguecidos?

Sin embargo, el Señor se vale de esa clase de actitudes para llevar su obra aún más lejos; y todo sirve para Él.

d. LA VIDA DEL CORAZÓN

Si el corazón es sano, la vida está sana; si no lo es, es porque aún hay muchos trastornos que toman distintas expresiones; y los mismos se aclaran en medio de un corazón hallado; en otro caso, aún solemos llenarnos de juicios.

No siempre, un corazón enfermo se muestra con las actitudes que el mundo considera malas; pero suele ser intransigente, frío, por más que aparentase otras vivencias; y la sociedad no puede vivir congelada.

Aún, vemos la actitud de los hombres que no se guían por su corazón, sino más bien, por el razonamiento y la lógica para ayudar a los demás; ¿y cómo actúan ellos?; ¿ellos llegan al corazón o es como comunicarse sin abrir las puertas?; ¿sus actitudes ayudan a que se comuniquen los corazones?

Muchos de aquellos que quieren cumplir con la caridad, no se dan cuenta de la dureza de su corazón; pero si alguien les hablase de eso, sería como un extraño que busca donde no debe buscar; entonces, ¿qué hacer, y para qué hablar?

Sin embargo, la sociedad urge para ver el corazón; si alguien trata ese tema, está atenta y se prende.

Aún, un servicio frío, entregado con las manos frías, es para que se despierte el corazón; pues alguna vez, al estar atentos, el mismo se abre, ya sin miedos que perturbasen por dentro,

al vencer la ansiedad y otras vivencias.

Luego de vencernos a nosotros mismos, el servicio podría ser más sano, más abierto, pues cuando vibra el corazón, aún entra en cada actitud, en cada gesto.

Entonces, el hermano recibe de otro modo; es que presiente el corazón entregado; en la medida en que nuestro corazón se entrega en cada actitud, el hermano lo vive y su corazón va a ir respondiendo; pues se moviliza su vida en sus raíces, para que algún día, se apoye en el Señor, plenamente; y será otra vida, la deseada y esperada.

¿Y las exigencias, las normas y las leyes?; cuando el corazón está frío, las normas parecen aún más perfectas, más pulidas; y lo propio de las decadencias es que pregonan sus leyes y sólo les falta el corazón, porque lo demás está; sin embargo, la vida sigue decayéndose, es como si no tuviese frenos.

Mientras el corazón está sano, las normas renacen con cierta espontaneidad; no se entienden como exigencias, sino más bien, surgen como expresiones sanas; y el corazón se expresa libremente, feliz; nadie le exige y él cumple igual, aún mejor.

En los tiempos de las decadencias, se trata de las exigencias; las leyes nacen cada día, y los delitos les preceden; cada día, se busca una nueva ley para ir salvando la vida; ¿qué vida? Sin embargo, hay que seguir en el camino y defender lo poco que se cree salvar; son esos tiempos que duelen mucho; a la vez, intuyen el nacimiento de lo que inicia la transformación; si bien, el mundo y la sociedad siguen en su camino, surge la esperanza de lo nuevo; pero hasta que no cambie el corazón, todo será provisorio; hasta que no resurja por la gracia que le viene del Señor, los esfuerzos serán desesperantes para llegar a algún fin; entonces, desde los abismos renace lo nuevo; no es que el Señor esperase hasta ese momento, sino el hombre

comprende mejor, luego de luchar con sus medios, aún por su cuenta.

Estamos más cerca de lo que dice Jesús, cuando habla de la vida, al iniciarla en un corazón renovado en el Señor; pues, ya comprendemos mucho mejor el reclamo que toma fuerza en el Mensaje de Jesús; y es como si el mundo estuviese esperando un nuevo tiempo, a pesar de que la vida necesite pasar por muchas luchas.

Los hombres siguen haciendo ese paso; quizás, en medio del dolor y de la confusión, enfrentan la dureza que parte de sus corazones; pero todo se pone en el camino del Señor, y llega cuando debe llegar.

El mundo aún necesita ver los corazones sanos y las vidas entregadas por una nueva Vida; pues, si no los viese, ¿cómo lograría comprenderla, a pesar de que el Señor nos inspira con mucha fuerza?

La Civilización del Amor necesita seguir buscando su Fuente en Jesús; ya no es sólo la cuestión del lenguaje, sino es más bien, llegar a las vidas transformadas en el Corazón de Jesús; es un largo camino, mientras damos lo que podemos dar y aún esperamos a que los corazones crezcan en el Señor; entonces, la misión sería llevar el Corazón transformado a un mundo que lo necesita.

4. LOS HUESOS SECOS Y LA CORRIENTE DESDE EL TEMPLO

a. PRENDERÁ EL FUEGO DEL AMOR

¿Qué camino toma mi vida, hasta que logre vibrar en lo más profundo de su ser?

Mientras tanto, deseo vivir el amor en mi corazón, que sería puro, del Señor, en los pequeños pasos que hago, antes de que Él obre plenamente en mí, hasta renovar mi interior.

La obra el Señor no es sólo resolver la realidad, ni tan sólo salvar una vida perdida; si la vida le permite, su obra es aún más grande, supera lo débil y enfermo, llevándolo a un nivel aún más alto, el del Señor.

Entonces, ¿qué camino hace el Señor en mi vida?

Quizás, su obra por hoy, es apenas, como abrir algún espacio en mi corazón encerrado, que ni siquiera sabe respirar con lo que es vida; tan encerrado por el dolor, la ansiedad y la pena que le pesa.

Parece como si Él estuviese entrando en mí, cada vez más, abriéndose en medio de mis debilidades y penas; es como si se inclinase ante mi vida enferma y decaída.

Es lo que sigo viviendo, mientras Él me hace ver mi vida; me sana, me reconcilia y me pacifica en medio de los dramas y el dolor, el fracaso y las culpas.

Él está en mí, sanándome y haciéndome comprender mi vida, la que apenas comprendo, mientras entra su luz,
Sin embargo, aún no es lo que espero; aún no es lo que Él espera de mi vida.

Algún día, quizás prendería el Fuego del Amor; y sería el Fuego del mismo Señor, en mi corazón.

No sé cuándo; aún lo espero, ya más paciente; el tiempo sería justo, cuando mi vida sepa asumirlo.

Mi vida se sostiene en el Señor; aún está su Fuego, por más que estuviese cubierto de cenizas.

El Fuego me hace esperar, es incomparable; es como si Él quisiese superar lo que había creado en mí.

Desde el Fuego, el Señor iniciaría un nuevo camino.

Es que todo pasaría por el Fuego que sería como el crisol.

Entonces, estaría transformado, tendría la nueva imagen que vendría del Señor.

Mi vida se haría más comprensible para mí.

Quizás, podría verla bien, comprenderla, aceptarla, valorarla, con lo que fue, lo que es y lo que sería; en medio esa gran Vivencia que aún sigo esperando.

También, mi vida estaría incluida en el Proyecto del Señor; y sería útil para Él, más eficiente en medio de su obra; de este modo, seguiría los pasos del Señor en su obra, que pasaría por mi corazón ya hallado en Él.

Es lo que deseo y espero del Señor.

b. ENVUELVES MI VIDA CON TU FUEGO

Quise ayudar a dos jóvenes que debían adquirir los pasajes; se quedaron sin trabajo ni dinero, ni casa; aún, desconfiando de sus intenciones, de su sinceridad, pensé en mi vida, en la gracia que recibo cada día; pues, ¡cómo arriesga el Señor y me ayuda igual!

Después, presidí la liturgia del Matrimonio; mientras los dos se comprometían ante el Señor, les hablé del Amor.

Ojalá, el Señor obre en sus vidas plenamente; así les deseo,

confiando en Él, en su obra, porque los dos ponen su mejor voluntad.

Volví a pensar en los hermanos; si nos unen los vínculos de bien, de generosidad, ojalá, siempre nazcan del Señor, con lo que es Él en medio de nuestras vidas.

No obstante, el camino es largo; y parece difícil, para llegar a las metas del Señor; pero si Él quiere que lo logremos, todo es posible.

Al luchar por tu Luz, tu Amor y tu Paz, mientras tu paciencia es infinita en mí, presiento tu inmenso Fuego que comienza a tocar mi vida encontrada por ti, mi Señor.

Tu Fuego es tierno, me quema; vuelve a abrasar mi vida que se tuerce como de dolor.

Y frente a tu Fuego, mi vida fría y aún triste, se entrega poco a poco y tú, Señor, como si estuvieses abrazándola.

Es la vivencia que tengo, y la presiento como tu gran gracia; jamás en mi vida, he tenido una vivencia de tal magnitud.

Envuelves mi vida con tu Fuego, mientras me haces mirar mi realidad que se entrega.

El Fuego avanza y yo, mirando mi vida.

Hay tantas cosas por ver y sufrir, antes de que el Fuego las consuma del todo, como lo haces tú, Señor.

No son las cenizas que se quedan después, sino que mi vida sería tu Brasa.

Tengo la oportunidad de mirar mi vida.

Mi corazón está en eso, en lo que tú haces.

Parece que recién ahora, mi vida intenta entregarse.

Antes, apenas permitía que tu Luz se aproximase; es como si se dejase tocar por el Fuego, casi huyendo; ahora, aún queda agradecida por vivir esos momentos.

¿Por cuánto tiempo, Señor?; sólo tú lo sabes.
El tiempo tiene importancia para ti, tan sólo entrego mi vida
en medio de tu gracia; así que estoy, y tú estás.
Tu Fuego consume mis penas, ansiedades y culpas, llegando
cada vez más.

Con este modo de pensar, vivo mis días; si camino y trabajo,
pienso y oro, estoy con lo tuyo, Señor.
Presiento que tú mismo me das toda tu Luz, para que pueda
vivirla atento; te agradezco, mi Señor.

c. ME PUSO EN EL VALLE DE LA MUERTE

El Señor me puso en el valle de los huesos,
Pues, caminé en medio de la muerte y presentí la Presencia
del Señor en el valle, aún más, en el silencio de mi corazón.
Mi corazón acogía su Vida, su Amor.

El Señor llegó a mi corazón, y estaba en el valle.
Yo caminaba como me indicaba el Señor; así, Él llegaba con
su Vida a todas partes.
De repente, se levantan los huesos, se cubren de carne viva,
se despiertan; ¿quién les hace vibrar con la vida, si no es el
Señor?; tan sólo Él puede hacerlo.

El valle se despierta con el Sol de la mañana; y luego de las
muertes y de una noche muy larga, se despierta la vida del
valle; es que, por donde veo, se va levantando; con tan sólo
mirarla, el Señor la hace revivir.
Es Él, quien la resurge; pero está en mi corazón, para poder
contemplarla en la hora de la gracia.

En el mundo de hoy; ¿debo hablar de la vida o de la muerte?
Todos hablan de la vida, y yo, aún me detengo; es como si el

Señor detuviese mi lengua, para que me callase.
¿Por qué no quiere que hable?; ¿no es la hora?
Es que el mundo está muerto; sin embargo, habla de la vida,
y no es esa vida que viene del Señor.

Voy caminando, en silencio; llevo la Vida en mi corazón.
Sigo caminando, callado; el Señor no quiere que hable.
No es la hora para hablar ni para comprender; sin embargo,
con tan sólo caminar, la Vida se despierta; ¡qué milagro!
Aún se levanta, más allá de las intenciones de los hombres;
pues el Señor obra y sorprende a aquellos que comprenden
tan poco, la Vida del Señor.

¿Quién de los muertos puede clamar por la vida?
Pero si el Señor quiere, los huesos y las piedras van a clamar
por una Vida que, por hoy, ni siquiera la presienten.
No obstante, está escrita en lo más hondo de sus corazones;
la llevan por dentro, por más que sean seres muertos.
Es por el poder de la Vida que viene del Señor; y aún sigo
caminando, llevando la Vida.

El Señor me pone por la Vida.
Sigo caminando; no quiero perder ni un paso en el camino; y
quiero estar atento en todo el tiempo del Señor.
Él cuida mis pasos; veo como esa vida, que parecía perdida,
sigue resurgiendo en su profundidad; y como para el Señor
nada está perdido, hace resucitar aún la vida muerta.
Sigo caminando, al contemplar la Vida del Señor en medio
de tantas muertes de los hombres.

d. TU FUENTE DESPIERTA

Tú, Señor, me haces ver tu Fuente despertada en mí.
Como tu Fuego arde por dentro, haciéndose una Brasa, voy
viendo tu Vida despierta, luego de las luchas, de tanto dolor.

Y me haces vivenciar tu Vida en medio de Agua que sigue llegando; no es la que apaga tu Brasa, al contrario, la hace arder más aún.

Señor, eres como si te costase enfrentar mi vida.
Tu Vida enfrenta adversidades; es lo propio del crecimiento; es que, sin los vientos adversos y las tormentas, la Vida no se hubiese fortalecido ni hubiese quedado tan segura.
Sigo viviendo lo tuyo en mí, tu Vida sostenida por tu gracia, en medio de tu Luz y tu Agua.

Me haces caminar en medio del desierto.
Si soy quien tiene sed, la Fuente está en mí, y tu Agua sigue brotando en mi corazón, quizás para siempre.
Es un modo de caminar distinto, mientras aún debo enfrentar la sed de tantos que caminan.
¿Cómo llevar Agua a sus vidas, si ellos viven otra sed?
¿Cómo ayudarles para que se abran a ti Señor, a tu Fuente?

En medio de la gran gracia, ellos hacen su propio camino; y por alguna razón, tú, Señor, me pones por sus vidas; con tan sólo que camine, ellos reciben de tu Fuente.
Quizás, no se dan cuenta de que lo reciben, pero el Agua va llegando hacia ellos; algún día, tu obra será muy clara.

El Agua del Señor sigue llegando a todas partes.
Se abre un Gran Río desde el Templo, y es abundante; pero hasta que no llegue a los corazones, la Vida aún no puede iniciarse ni despertarse.
La tierra está muy seca, aún sigue gimiendo; no obstante, le cuesta asumir el Agua del Señor.

Vuelvo a mirar el desierto, antes de que lo alcance el Agua; está quemado por el viento y el sol.
Los hombres buscaban su propia vida, mientras construían su

proyecto; así llegaron lejos; pero al final de sus esfuerzos, la vida se iba destruyendo, como quemándose frente al sol. Es porque le faltaba el Agua, no le llegaba del Señor.

Los hombres pasan sus penurias.
Sus muertes son lentas, parecen aún más crueles.
Se agotan en medio de las desgracias, no obstante, no buscan el Agua del Señor.
Están tan enceguecidos, tan desesperados y perdidos.

El Señor viene para encontrarse con la vida, pero la misma se defiende contra Él; es que Él si llegase en abundancia, quizás ahogaría a la vida; y ella espera hasta que pueda asumir el Agua del Señor, lentamente.
No obstante, está por salir al encuentro con el Agua; no sabe recibirla, pero está por salir, como despertándose en lo más profundo de su ser.

¿Vendrá el Fuego para quemar la vida del hombre, tan seca y triste?; si parece un desierto, ¿qué es lo que el Señor quema con su Brasa, hasta que la vida cambie?
¿Qué hará el Señor, antes de que inicie el Río de su Agua?

Parece que el Señor está por sembrar al Espíritu de Vida, en las vidas de los hombres, en un mundo destruido.
Ahora, el Agua estaría por la Vida del Señor, aún en medio de la vida de los hombres perdidos.
Aún, el desierto recibiría Vida; hasta las cenizas y los huesos se transforman, en medio de la Vida que está por nacer.

El Señor está por sembrar a su Espíritu; es que su Vida se va a injertar en los hombres.
¿A cuántos cambios puedo esperar, desde este instante?
Si el Señor me lo permite compartir, estoy en el anuncio del Nacimiento que viene del Señor.

Él está por transformar los desiertos.

Veo el Templo del Señor; el Agua aguarda el momento, pues el Señor dirá la hora de abrirse hacia los desiertos.

Cuando empiece a llegar el Agua, es porque Él ha sembrado en medio de los hombres y del mundo.

Entonces, nos despertaría; luego, la Vida retoma su rumbo, y yo quisiese seguir en ese tiempo del Señor.

Sarandí del Yí, abril 1995

1. Introducción: Ezequiel ve al Señor	3
a. el Sol de la tarde	3
b. delante del Señor	5
2. La Gloria del Señor abandona al Templo	7
a. la Luz abandona a la vida	7
b. sigue hundiéndose el Pueblo	8
c. el tiempo de la destrucción	11
d. donde la gente acude	14
e. sólo desde ti, Señor	17
3. La conversión y el corazón nuevo	19
a. la Palabra que convierte	19
b. la lucha por la Presencia del Señor	21
c. contra los pastores	23
d. la Vida del corazón	25
4. Los huesos secos y la Corriente desde el Templo	29
a. prenderá el Fuego del Amor	29
b. envuelves mi vida con tu Fuego	30
c. me puso en el valle de la muerte	32
d. tu Fuente despierta	33

